

DOMINGO DE PASCUA DE RESURRECCIÓN

+ Lectura del santo Evangelio según San Juan

El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo a quien quería Jesús, y les dijo: - Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto.

Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; y, asomándose, vio las vendas en el suelo; pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro. Vio las vendas en el suelo y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no por el suelo con las vendas, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos.

Palabra del Señor

Homilías

(A)

La alegría que cantan las campanas, los aleluyas que resuenan en el templo son signos claros del gozo nuevo de este día bendito de Pascua. Nos somos cristianos por el hecho de creer en el pecado, en la cruz, en el sufrimiento y en la muerte; somos cristianos porque creemos en el perdón, en la alegría, en la liberación, en la resurrección, en la Vida. El corazón de nuestra fe es una esperanza de que toda prueba se transforma en gracia, toda tristeza en alegría, toda muerte en resurrección. Pascua es la experiencia de que no estamos en el mundo como encerrados en un sepulcro, de que nos han liberado de la losa que reducía la existencia a oscuridad y esclavitud. Pascua es luz, gozo, vida nueva. Para muchos la cuestión difícil no está en saber si tienen fe en la resurrección, sino en saber si sienten deseo de resucitar y si tienen ganas de vivir. Lo esencial no es resucitar dentro de diez, de veinte o de

cincuenta años, sino vivir ahora como resucitados. Pascua significa que podemos resucitar, que podemos experimentar una vida nueva. El cristiano no cree en la vida futura, sino en la vida eterna, que ha comenzado ya, que se vive desde ahora.

Para que la Pascua sea una realidad plena se debe aceptar la muerte de esa zona de la propia alma en la que se está demasiado vivo: intereses, temores, tristezas, egoísmos. Y hay que resucitar en esa zona en la que estamos demasiado muertos: resucitar a la fe, a la esperanza, al perdón, al amor, a la paz, a la alegría. La comunión pascual es no absolutizar el pan de esta vida, para poder saborear el pan de la otra vida, pan de justicia, de sinceridad, de entrega, de fraternidad. No hay que celebrar solamente la resurrección que aconteció hace dos mil años, sino hay que intentar que la Pascua sea fiesta actual en la resurrección de los cristianos, que atestiguan ante el mundo que es posible morir y resucitar.

La gran prueba que Cristo ha resucitado, de que Cristo vive, es que su amor vive, que hay personas y comunidades que viven de su vida y que aman con su amor.

(B)

La Pascua de resurrección es la fiesta más grande del calendario cristiano. La resurrección de Jesús es el centro de la vida cristiana y el fundamento de nuestra fe. Los primeros relatos evangélicos reflejan las dudas de los discípulos. No les resultaba fácil creer. Ante el sepulcro vacío, pensaban que alguien había robado el cuerpo del Señor. El evangelio dice que “hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos”. Sin embargo, casi inmediatamente después de ese desconcierto inicial, Jesús, con sus apariciones, va recuperando a todos sus discípulos. Pedro podrá decir que “Dios lo resucitó y nos lo hizo ver, no a todo el pueblo, sino a nosotros que hemos comido y bebido con él después de su resurrección”. Los primeros discípulos pudieron disfrutar felices de la presencia de Jesús resucitado.

Hoy podemos decir que lo que celebramos en nuestras iglesias es que Jesús resucitó y está vivo entre nosotros. Con él no pudieron los poderes de este mundo ni la muerte. Simboliza el triunfo de lo pobre, lo débil y lo sencillo en las manos de Dios. Al que en la cruz parecía un pobre ser humano, derrotado por las fuerzas del mal, Dios le dio la razón y lo resucitó. Y como está resucitado, está vivo y anda con nosotros en la lucha contra el mal y el pecado. Jesús va delante, el primero de los hermanos, animando e iluminando nuestra andadura cristiana. A su luz descubrimos

que nosotros también vamos resucitando a una vida nueva, vamos a mejores, hacia el hombre nuevo y resucitado del que nos habla san Pablo. Atrás vamos dejando, casi sin darnos cuenta, otras formas de ser persona. La fiesta de la resurrección del Señor es también nuestra fiesta.

Habría que mirar la entraña de la vida de cada comunidad para descubrir señales de resurrección. Yo sé que esto es difícil de evaluar y quizás no podamos poner ejemplos concretos, pero en mi caso particular creo que algo se ve, como si un nuevo talante se estuviera abriendo camino. Que haya cada vez más gente preocupada por su pueblo o por su barrio, por los pobres del mundo, por la paz y las relaciones de justicia entre los países; que haya personas dedicadas a cuidar de los niños, de los jóvenes, de los ancianos y los enfermos; que las parroquias sean un recinto de generosidad de servicio alegre, es algo muy hermoso. Es señal de resurrección porque significa que Jesús está vivo entre nosotros, que nos va sacando de nuestras apatías y nos lleva hacia la vida.

Pero sabemos bien que nos quedan demasiadas tareas en las que mejorar y en ellas habremos de pagar un precio de esfuerzo y de gracia. No se nos olvida que la cruz es el camino de la resurrección. La cruz es también nuestro camino. Tendremos que dejarle al Señor entrar en nuestra vida para crecer en sencillez, en solidaridad con los pobres y en servicio humilde a nuestros hermanos. Así pasamos a ser personas nuevas, resucitadas, con los rasgos de Jesús. Gente que solo piensa en ella misma y hace su vida eludiendo todo compromiso solidario, hay mucha. Los cristianos tenemos otro estilo de vivir: el de Jesús. Su estilo de vida va en nuestra alma. Podemos decir con él hemos resucitado también nosotros en esta Pascua.

(C)

-¿Por qué vas siempre al cementerio, mamá? -preguntó una niña.

-Para visitar a la abuelita y llevarle flores, mi cielo

-explicó cariñosamente la madre.

-¿Abuelita está en el cementerio?

-siguió preguntando la pequeña.

-Sí, mi hijita -respondió tristemente la mamá.

¿y por qué no te la traes a casa entonces? -dijo la niña.

-Bueno, porque está muerta y enterrada -dijo la madre.

-¡Ah! ¡Cómo me engañaste! -respondió la chiquilla.

-¿Por qué te engañé? -preguntó la madre.

-Porque cuando la abuelita se fue, me dijiste que estaba con Dios en el cielo -contestó la niña.

-Bueno, en el cielo está la abuelita viva y en el cementerio está la abuelita muerta -intentó explicar un tanto acorralada la madre.

¡Era una abuelita y ahora son dos abuelitas! -pensó extrañada la niña-. Las personas grandes no se aclaran. Y siguió pidiendo explicaciones...

-y tú, a quién quieres más, mamá? ¿A la abuelita muerta del cementerio o a la abuelita viva del cielo?

Pero la mamá ya no sabía qué decir. Y terminaba diciendo:

-Después hablaremos, mi amor.

Está claro que en el cementerio están sólo los restos de nuestros seres queridos. Un día de difuntos, mientras un grupo de fieles se reunía en un cementerio junto al altar en torno al Señor de la vida para alabarle, darle gracias y pedirle cosas convenientes, pues la misa es todo eso y mucho más que eso, algunas personas se reunían en torno a cada tumba, limpiando con tristeza las frías losas, encendiendo unas velas y ofreciendo unas flores. Estos derramaban lágrimas ante los restos de vidas ya pasadas. Y como se dice, con aguas pasadas no se mueven los molinos. Aquellos, en cambio, por la fe en Cristo, muerto y resucitado, cantaban el triunfo sobre la muerte y tenían la esperanza de que sus difuntos vivían una vida nueva.

La resurrección de Cristo es la victoria de la vida sobre la muerte. Hoy, domingo de Pascua, recordamos de un modo especial esa resurrección, de la que fueron testigos san Pedro y los demás Apóstoles, como lo vemos en la primera lectura.

La noticia de la resurrección, la que llenó de espanto a las mujeres que fueron con sus aromas al sepulcro, la que hacía reír a los sabios de Atenas cuando se lo oyeron a san Pablo, la que ponía furiosas a las autoridades judías cuando la predicaban los apóstoles, es la gran noticia que, a través de casi dos mil años, pasando de padres a hijos, llegó hasta nosotros.

La resurrección de Jesús es el fundamento de nuestra fe cristiana. Es la fiesta de las fiestas. Si Jesús no hubiera resucitado, la muerte triunfaría sobre la vida y al final todo quedaría en nada.

La resurrección de Jesús garantiza la resurrección para la vida verdadera, en una dicha sin fin, a todos los que quieran salvarse.

Es por tanto, el fundamento de nuestra esperanza.

(D)

La Pascua no es la celebración de un acontecimiento pasado que cada año que transcurre queda un poco más lejos de nosotros. Los creyentes celebramos hoy al resucitado que VIVE ahora llenando de vida la historia de los hombres.

Creer en Cristo resucitado no es solamente creer en algo que sucedió al muerto Jesús. Es saber escuchar hoy desde lo más hondo de nuestro ser estas palabras: “No tengáis miedo, soy yo, el que vive. Estuve muerto pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos” (Ap 1,17-18).

Cristo resucitado vive ahora penetrándolo todo de su energía vital. De manera oculta pero real va impulsando nuestras vidas hacia la plenitud final. Él es la “la ley secreta” que dirige la marcha de todo hacia la Vida. Él es “el corazón del mundo” según la bella expresión de K. Rahner.

Por eso, celebrar la Pascua es entender la vida de manera diferente. Intuir con gozo que el resucitado está ahí, en medio de nuestras pobres cosas, sosteniendo para siempre todo lo bueno, lo bello, lo limpio que florece en nosotros como promesa de infinito y pasa, se disuelve y muere sin haber llegado a plenitud.

Él está en nuestras lágrimas y penas como consuelo permanente y misterioso. Él está en nuestros fracasos e impotencia como fuerza segura que nos defiende. Él está en nuestras depresiones acompañando en silencio nuestra soledad y nuestra tristeza incomprendida.

Él está en nuestros pecados como misericordia que nos soporta con paciencia infinita y nos comprende y nos acoge hasta el fin. Él está incluso en nuestra muerte como vida que triunfa cuando parece extinguirse.

Ningún ser humano está solo. Nadie vive olvidado. Ninguna queja cae en vacío. Ningún grito deja de ser escuchado. El resucitado está con nosotros y en nosotros para siempre.

Por eso, hoy es la fiesta de los que se sienten solos y perdidos. La fiesta de los que se avergüenzan de su mezquindad y su pecado. La fiesta de los que no están limpios, de los que se sienten muertos por dentro. La fiesta de los que gimen agobiados por el peso de la vida y la mediocridad de su corazón.

Hoy es la Fiesta de vida. La fiesta de todos los que nos sabemos mortales pero hemos descubierto en Cristo resucitado la esperanza de una vida eterna.

Felices los que esta mañana de Pascua dejen penetrar en su corazón las palabras de Cristo: “Tened paz en mí. En el mundo tendréis tribulación, pero, ánimo, yo he vencido al mundo” (Jn 16,33).

(E)

Cuando uno es cogido por la fuerza de la resurrección de Jesús, comienza a entender a Dios de una manera nueva, como un Padre “apasionado por la vida” de los hombres, y comienza a amar la vida de una manera diferente.

La razón es sencilla. La resurrección de Jesús nos descubre, antes que nada, que Dios es alguien que pone vida donde los hombres ponemos muerte. Alguien que genera vida donde los hombres la destruimos. Tal vez nunca la humanidad, amenazada de muerte desde tantos frentes y por tantos peligros que ella misma ha desencadenado, ha necesitado tanto como hoy hombres y mujeres comprometidos incondicionalmente y de manera radical en la defensa de la vida.

Esta lucha por la vida debemos iniciarla en nuestro propio corazón, campo de batalla en el que dos tendencias se disputan la primacía: el amor a la vida y el amor a la muerte.

Desde el interior mismo de nuestro corazón vamos decidiendo el sentido de nuestra existencia. O nos orientamos hacia la vida por los caminos de un amor creador, una entrega generosa a los demás, una solidaridad generadora de vida... O nos adentramos por caminos de muerte, instalándonos en un egoísmo estéril y decadente, una utilización parasitaria de los otros, una apatía e indiferencia total ante el sufrimiento ajeno.

Es en su propio corazón donde el creyente, animado por su fe en el resucitado, debe vivificar su existencia, resucitar todo lo que se le ha muerto y orientar decididamente sus energías hacia la vida, superando cobardías, perezas, desgastes y cansancios que nos podrían encerrar en una muerte anticipada.

Pero no se trata solamente de revivir personalmente sino de poner vida donde tantos ponen muerte.

La “pasión por la vida” propia del que cree en la resurrección, debe impulsarnos a hacernos presentes allí donde “se produce muerte”, para luchar con todas nuestras fuerzas frente a cualquier ataque a la vida.

Esta actitud de defensa de la vida nace de la fe en un Dios resucitador y “amigo de la vida” y debe ser firme y coherente en todos los frentes.

Quizás sea ésta la pregunta que debemos hacernos esta mañana de Pascua: ¿Sabemos defender la vida con firmeza en todos los frentes?

¿Cuál es nuestra postura ante las muertes violentas, el aborto, la destrucción lenta de los marginados, el genocidio de tantos pueblos, la

instalación de armas mortíferas sobre las naciones, el deterioro creciente de la naturaleza?

(F)

Éste es el día que hizo el Señor, canta gozosa la Iglesia en el Día de Pascua. Éste día de triunfo, de gloria, de promesas cumplidas, es el día que hizo el Señor, es el día por antonomasia de los cristianos. No lo son el Jueves ni el Viernes Santos, días en los que Cristo dio la medida de su talla gigantesca. No. El día que no necesita calificativos ni apellidos es el Domingo de Resurrección. Hoy.

Este día irrumpe sin que nada ni nadie pueda detenerlo en el horizonte de la vida cristiana para que, como decía San Pablo, no seamos los más miserables de los hombres ni sea vana nuestra fe. El sepulcro vacío, sin cadáver, es una llamada a la esperanza y a lo que debe ser el estilo de vida cristiano, un estilo de vida que tiene por norte un hombre resucitado, porque el Dios cristiano no es un Dios de muertos, sino de vivos, un Dios que quiere que los hombres sean felices y gocen y rían; un Dios que quiere que los hombres sean hombres de verdad, capaces de comprender al hombre, de compartir con él la alegría y el dolor, la escasez y la abundancia, los proyectos y decepciones; un Dios que quiere que vivamos en una espléndida libertad porque Él murió y vivió precisamente para que seamos libres, con una libertad como nada ni nadie puede darnos, porque está apoyada en la verdad. Lo dijo Él en su vida pública con toda rotundidad.

Es inconcebible cómo teniendo ese día como quicio en el que se apoya nuestra fe, y por consiguiente nuestra vida, hayamos dado al mundo, en tantas ocasiones, el espectáculo de un cristianismo aburrido, duro, intolerante y hasta cruel. En buena lógica no podría haber en el mundo hombres más equilibrados que los cristianos, quizás porque tenemos como fundamento de nuestra vida la resurrección que supone el triunfo definitivo sobre lo que resulta más doloroso e inexplicable: la muerte. Hoy es un día de buenas noticias y el mundo está necesitado sin duda de que le lluevan noticias favorables, noticias que le descubran lo mucho que hay en el hombre de bueno si es capaz de vivir, como dice San Pablo, buscando las cosas del cielo y no las de la tierra. Esta postura de San Pablo, que la hizo vida en su vida, supone un estilo que apenas tiene nada que ver con el estilo al uso, pero hay que advertir que buscar las cosas del cielo no es, ni mucho menos, vivir un angelismo desencarnado y simplista.

Buscar las cosas del cielo es vivir conociendo perfectamente las de la tierra para ordenarlas debidamente según una jerarquía de valores y cuando llegue la hora de elegir, que llegará en algún momento, lo hagamos desde una fe que se fortalece hoy: la fe de Cristo resucitado.

Crear en Cristo resucitado tiene que producir en los cristianos, en todos nosotros, un cambio que –repito– resume San Pablo en: buscar las cosas del cielo para hacerlas realidad en la tierra, que es donde vivimos y donde tenemos que hacer que Cristo viva para que los hombres crean de verdad que ha resucitado y camina con nosotros en el día a día que, a veces, resulta tan fatigoso.

El día que hizo el Señor, hoy, es un reto importante en nuestra vida. Es un día que no puede acabar cuando hayamos cantado con especial énfasis el Gloria y el Aleluya que la liturgia pone como demostración comunitaria de alegría, sino que tiene que ser el origen de un cambio profundo para que quienes nos vean adivinen nuestra fe en la resurrección y perciban la impronta de esa buena noticia que tenemos y que no pretendemos guardar avaramente, sino darla a los demás, porque comprendemos que haciéndolo servimos al hombre y le indicamos, con toda sencillez, el camino que conduce a Dios, un Dios que ha vencido a la muerte precisamente para que el hombre no mate ni muera, sino que viva con la mayor intensidad posible.

La resurrección necesitó testigos en su momento; los necesita hoy también: los cristianos. Pero sólo según vivamos, nuestro testimonio será fiable.

P. Juan Jáuregui Castelo